

MIS AMORES CON

por

NELLY RIVAS

Exclusivo para BOHEMIA

por EDITORS PRESS SERVICE Inc.

¡Sensacional!

CAPITULO SEGUNDO Y ULTIMO.

En la Residencia Presidencial.

EL día en que me mudé a la Residencia Presidencial, en el mes de Febrero de 1954, Perón llamó a Atilio Renzi, el mayordomo de palacio, y le dijo que, como huésped de su casa, deseaba que se me tratara con el mayor respeto. Luego le ordenó que me indicara mi cuarto.

Renzi subió las escaleras conmigo hasta el segundo piso, donde se encontraban los dormitorios. Abrió la puerta de una gran habitación, magníficamente amueblada, y me preguntó si era de mi agrado. Le dije que estaba muy bien y con eso se retiró.

Había sido la habitación de Eva Perón.

Sintiéndome en la gloria, abrí de par en par la ventana, que daba a los jardines del palacio y a la Avenida del Libertador, General San Martín, la calle más aristocrática de Buenos Aires. Más allá, se veían los grandes árboles y los prados

de Palermo, el más grande y hermoso parque de la capital.

Llené mis pulmones con el aire perfumado y permanecí unos instantes gozando del panorama que se me ofrecía.

Luego me dejé caer sobre un lujoso sofá. ¡Qué maravillosa sensación! Atraje hacia mí a Monito y Tinolita, los dos perritos y los acaricié. Luego de un salto me asomé al cuarto de baño.

Jamás había visto un baño igual. Llené la bañera hasta el tope, le eché grandes cantidades de sales deliciosamente perfumadas, me enjaboné de pies a cabeza con fragante jabón de pino, sin economizarlo, y me puse a disfrutar de este novedoso placer.

Cuando salí por el baño, me saturé de agua de colonia y me espolvoreé generosamente con talco.

Finalmente, me vestí para la cena, agregando lo que consideraba el último toque de feminidad: lápiz de labios.

Bajé las escaleras como si hu-

biera estado caminando sobre nubes. Me sentía estrella de cine, princesa, rica heredera...

Perón me miró y, sonriendo, comenzó a comentar: Parece que se ha mudado aquí la Casa Atkinson... E inspeccionándome más de cerca, agregó. —Y que abunda también el talco—...

En mi entusiasmo con el talco me había dejado un parche blanco en el cuello.

Luego observó mis labios pintados y poniéndose serio me dijo:

—¿Porqué hiciste esto? No me gusta. Tú no necesitas pintarte los labios. Eso es para mujeres mayores. Lo mejor para las chicas jóvenes es la naturalidad.

—Sí, Papaíto —respondí quedamente.

Le había dado ese nombre un día en que me pareció mucho más alto que de costumbre, en su uniforme militar. Le dije que me recordaba a Papaíto Piernas Largas. No se opuso a que lo llamara así, y desde entonces, Papaíto aquí, Papaíto allá, el nombre quedó y lo

llamaba siempre así cuando estábamos solos.

En público me refería a él como el General. El me decía siempre "Nena".

Yo quería ser digna de un hombre de la posición de Perón, Presidente de la Argentina.

Procuraba durante horas pulir mi dicción y mis modales. Aprendí a no arrastrar la doble "I" como la gente plebeya.

Trataba en lo posible de no hacer gestos con las manos —una costumbre que muchos argentinos han heredado de sus antepasados napolitanos.

Me observaba en el enorme espejo, mientras practicaba sentarme en una forma u otra, cruzando y descruzando las piernas correctamente; parándome y sentándome como una dama.

En la mesa recibía mi recompensa en la mirada de aprobación de Papaíto.

Yo me sentaba siempre a su derecha. Los comensales eran siempre los mismos hombres del pequeño círculo que lo rodeaba: Carlos Aloé, gobernador de la provincia de Buenos Aires; Armando Méndez San Martín, ministro de Educación; Raúl Apold, subsecretario de Informaciones; el capitán Alfredo Máximo Renner, secretario privado del Presidente y el mayor Ignacio Cialzeta.

Yo era la única mujer durante las comidas y... la única en general en la residencia. Nunca hubo mujeres invitadas.

Perón no ofreció ninguna explicación sobre mi presencia en su casa. Al cabo de un tiempo sus amigos se acostumbraron a verme allí y me consideraban como integrante de la familia oficial.

Las primeras semanas fueron las más felices. Tenía todo lo que había soñado.

El General me regaló una motoneta (llegué a tener cuatro) y me paseaba a toda velocidad por los senderos de piedrecillas del parque de la Residencia.

—¿Dónde aprendiste esas piruetas? —me gritó un día al pasar y por su lado, sin tenerme del manubrio y con los brazos extendidos.

—Usted podría hacer lo mismo si hubiera tenido un profesor tan bueno como el mío! —le grité en contestación. (En un artículo previo la Srta. Rivas cuenta que Perón le enseñó a conducir la motoneta).

También me regaló un Fiat azul y blanco, modelo "Super-de-luxe" que le habían regalado los fabricantes italianos y me enseñó a conducirlo.

Yo, por mi parte, trataba de hacerle al general la vida lo más cómoda que me fuera posible. Su difunta esposa, extremadamente ocu-

Néilda Rivas en la fiesta de gala que remataba el Festival Cinematográfico Internacional en Mar del Plata, en marzo de 1954. Néilda persuzió a Perón a que asistiera. Es su "tuna de miel".



PERON

pada con asuntos públicos, no había podido darle un verdadero hogar.

Yo me anticipaba a sus deseos —su café, su cigarrillo, sus chinelas—.

Le preparaba toda clase de cosas ricas y a él le gustaba todo lo que yo le hacía, especialmente mi pollo a la portuguesa y mis tortas caseras.

Después de comer, cuando se hallaba cómodamente instalado en su cama, yo le llevaba los diarios de la tarde y me preocupaba de poner la televisión si había algún encuentro de boxeo, su deporte favorito.

La habitación del General, que se encontraba separada de la mía por un cuarto en que guardaba sus condecoraciones y los obsequios que había recibido de gobiernos y funcionarios de todas partes del mundo, tenía unos muebles feísimos y pasados de moda.

Consistían en un bargeño, en el que guardaba algunas alhajas; una cómoda —que destinaba a sus fotografías en diversos actos públicos— con la tapa superior de mármol y sobre la cual se hallaba el frasco de perfume que yo le había regalado; un sillón; un combinado de televisión y radio; un aparato para aire acondicionado y una cama ancha con una mesita de noche a cada lado.

Durante los primeros días de mi permanencia en la Residencia, las relaciones entre Perón y yo se mantuvieron en el plano de padre e hija. De pronto, sin darnos siquiera cuenta cómo, la atracción mutua que se había venido apoderando de nosotros, nos venció. Todo sucedió a la vez, repentina e inesperadamente.

Sin embargo seguí siendo su "nena", la "niñita" y la "hija" que nunca había tenido y que necesitaba.

No dije nada a mis padres sobre nuestras nuevas relaciones. Y los dejé suponer que nada nuevo había ocurrido.

El Festival de Cine

Raúl Apold, subsecretario de Prensa y Propaganda, no había logrado convencer a Perón de que debía asistir al Festival Internacional del Cine de Mar del Plata, que él había organizado. Era el primero de ese género que tenía lugar en la Argentina. Me pidió que ejerciera mi influencia sobre Perón.

Yo no había estado nunca en Mar del Plata, y anhelaba visitar esa famosa playa, la preferida de las parejas en luna de miel. También deseaba conocer personalmente a los artistas visitantes.

—Papaíto, la nena quiere ir a Mar del Plata... —

—¡No! contestó terminantemente.

—Pero, Papaíto, rogué —tengo tantas ganas de ir... de ver a los artistas... a Errol Flynn... —

—No —repitió.

—Por favor, Papaíto, insistí... Finalmente el Presidente llamó a



Néilda Rivas en su décimo quinto cumpleaños, sentada al piano en el cuarto de música de la residencia presidencial.

Atilio Renzi, el Mayordomo de Palacio y le dijo:

—Dígale a Apold que vamos a Mar del Plata.

Yo estaba en la gloria.

—Necesitarás algunos trajes de fiestas, me dijo Perón. Ven conmigo... —

Y me condujo hasta el fabuloso cuarto que encerraba los vestidos de fiesta de Eva Perón. Muchos de ellos, modelos de los más famosos modistos de París.

Elegí tres trajes de Dior y uno de Marcel Rochas. No habían sido jamás usados.

Me quedaban un poquito largos y grandes alrededor del busto. Eva Perón era más alta que yo, pero yo era más gorda y redondita que ella. Con algunas puntadas aquí y allí yo misma arreglé los vestidos y me quedaron perfectamente.

Para acompañar estos trajes, el General me dio una estola de visón azul y una capa de visón natural.

En vísperas de mi partida a Mar del Plata, Perón me entregó un maletín y me dijo:

—Cuando salgas, quiero que todo el mundo vea que estás a mi altura... —

Abrí el estuche y me encontré con una deslumbrante colección de joyas.

Tal era mi asombro que le dije, abrumada, que las consideraría un préstamo. Pero él insistió en que eran para mí y me dijo:

—Si digo que te quiero puedes creerlo, porque a mi edad los hombres no mienten... —

Cuando volví a mi cuarto, me puse a examinar la pequeña fortuna

que había recibido en alhajas: valían alrededor de un millón de pesos argentinos. Había sortijas con brillantes, rubíes y otras piedras preciosas; pulseras de oro y de brillantes; relojitos, aretes de aguamarinas, broches de todas clases y un magnífico collar de brillantes.

La semana del festival de cine debía comenzar el lunes, 8 de marzo, de 1954. Yo me fui unos días antes, el viernes, acompañada de Renzi. Durante el viaje en tren, que dura alrededor de cuatro horas, Renzi me reveló abiertamente sus sentimientos hacia mí.

—Supongo que Ud. se dará cuenta, me dijo —de que la Comisión Presidencial es un asunto serio. El Presidente no puede llevar a cualquiera en una gira oficial como ésta. ¿Qué debo responder si alguien me preguntá quién es Ud.?



En un almuerzo dado en honor de las estrellas japonesas durante el Festival de Cine. Aparecen Raúl Apold, director de Prensa y Propaganda y el propio Perón junto con Nélida Rivas.

A propósito, ¿quién es... o no es, Ud.?

Terriblemente humillada, repuse friamente:

—Sugiero que se lo pregunte al Presidente.

Perón se había quedado en Buenos Aires. Tenía que asistir a dos ceremonias estudiantiles. Inaugurando la sección náutica del Club de Estudiantes Secundarios (U. S. S.) —adonde yo no regresé más después de mudarme a la Residencia Presidencial— se dirigió a los ganadores del premio "Estímulo Eva Perón" de esta suerte:

—Nosotros queremos que la gente sea moral, no por desconocer la inmoralidad sino por que, conociéndola, no la cometa por convicción.

Apenas llegó el sábado, le pedí que me contara qué había hecho en las últimas veinticuatro horas, nuestra primera separación desde que me fuera a vivir a la Residencia.

—Me faltó la nana —me contestó.

En Mar del Plata el General y yo compartimos el mejor departamento del Hotel Provincial, con una magnífica vista de la playa y del océano Atlántico.

Al día siguiente nos levantamos a las seis de la mañana y fuimos a recorrer en auto la ciudad y las playas vecinas.

El lunes se inauguró el festival Yo, a un lado, una espectadora anónima más, observaba mientras Apold iba presentando los más renombrados artistas del mundo a Perón.

La delegación norteamericana, encabezada por el señor Eric Johnston, presidente de la Motion Picture Association of America, incluía a Mary Pickford, Jeannette MacDonald, Gene Raymond, Ann Miller, June Haver, Walter Pidgeon, Edward G. Robinson, Robert Cummings... y Errol Flynn con su señora, Pat Wymore.

Ninguno me llamó mayormente la atención. Y mi mayor desencan-

to fue Errol Flynn. Me pareció ridículo cuando lo ví aparecer en el baile de gala con un cordón con pompones colgantes, color de rosa, en vez de corbata negra y con unas botitas de vaquero en vez de zapatos de etiqueta.

Este baile —mi primer baile— fue desilusión aún mayor. Había esperado bailar con Perón que es gran bailar de tangos. Pero en el último momento me dijo que no se sentía bien y tuve que irme acompañada del capitán Alfredo Renner, su secretario particular.

Perón y yo volvimos a salir en auto, muy de madrugada y vimos varias películas juntos. Pero la mayoría del tiempo tuvo que dedicarla a diversos actos oficiales, tales como recepción de Jefes de las Fuerzas Armadas y un acto en memoria de Eva Perón.

Una noche fuimos a la ruleta del hotel. Hugo del Carril, el famoso actor y cantante de tangos, se acercó a nosotros y me preguntó por qué no jugaba.

—Me parece estúpido perder dinero de esta manera— le contesté.

Pero él insistió y me dió algunas fichas.

Perón tenía 57 años. Sumé los dos números, aposté al número 12 y perdí.

Esperaban que diera un paso en falso

Atilio Renzi, el mayordomo de palacio, los mozos, "valets" y demás personal de la Residencia Presidencial me fueron hostiles desde el primer día.

No me perdonaban haber invadido lo que ellos consideraban de su exclusiva pertenencia. Antes de mudarme a la Residencia, y aún antes de que muriera Eva Perón, ellos manejaban la casa a su antojo. Tanto Perón como su difunta esposa, estaban demasiado ocupados de asuntos políticos para dedicar mucho tiempo a los detalles del hogar.

Pero a mi no me interesaba la

política y el tiempo se me hacía largo sin hacer nada, mientras Perón pasaba el día afuera, reclamado por sus tareas de gobernante. Empecé, por lo tanto, poco a poco, a observar el manejo de la casa presidencial.

A Renzi le pareció muy mal cuando hice ver a Perón que uno de sus secretarios se permitía enviar un coche de la presidencia a su hermana, cada vez que ella lo solicitaba para salir de compras.

Una de las funciones de Renzi era la de administrador de la Fundación Eva Perón, destinada a ayudar a los pobres. Una mañana noté que la cola de la pobre gente que aguardaba se hacía más larga, mientras Renzi charlaba con unos amigos que habían ido a visitarlo.

Cuando ese día le dijo a Perón que había estado muy ocupado, yo le pregunté:

—¿Ocupado recibiendo a sus amigos personales y dejando que el público espere?

Se puso livido. Perón hizo que no oía.

Renzi se fue poniendo cada vez más furioso con la vigilancia que yo ejercía sobre sus actividades.

Y un día, sencillamente, cerró la puerta con llave y no me dejó entrar más en su oficina, que se encontraba en la planta baja de la residencia.

Me sentí ofendida, pero no dije nada a Perón.

Comprendía que durante diez años Renzi había merecido la confianza del Presidente y no quise provocar un incidente desagradable entre los dos.

Los "valets" y sirvientes se unieron a Renzi en su afán de destruirme. Se habían indignado conmigo cierta vez que había confirmado las sospechas de Perón de que, una botella de "cogniac", de gran precio, había desaparecido de la casa. Me acusaron de querer ponerlos a mal con el Presidente.

También les enojaba que yo asumiera algunas de sus obligaciones, como llevarle a Perón los diarios de la tarde a su habitación; molestar el café que tanto le gustaba tomar en la noche; prepararle el cocimiento de boldo que tomaba frío antes del desayuno, preocuparme

de su ropa y de ordenar sus cosas que dejaba tiradas de cualquier manera cuando partía a la Casa de Gobierno a las seis de la mañana.

De común acuerdo, me acechaban en espera de que diera un paso en falso, como había ocurrido con un muchachito español que había llegado de polización a la Argentina y a quien llamaban el "Galliguito". El chico vivió un tiempo en la Residencia con Perón, pero fue despedido cuando, haciéndose pasar por el hijo del Presidente, comenzó a vender cosas que robaba en la casa.

Muy pronto me di cuenta de que Renzi hacía intervenir mi teléfono para averiguar si yo concertaba secretamente salidas con amigos. Me cuidé de no llamar a nadie más que a mi madre, con quien hablaba todas las noches.

Un día, paseando en compañía de mis perritos en el "Fiat" que me había regalado Perón, noté a través del espejo de retrovisión que un coche me seguía a todas partes.

Era evidente que Renzi me hacía seguir y lo confirmé cuando me preguntó un día acerca de un joven a quien yo había llevado en mi coche. Le dije que se equivocaba; que no había habido tal joven, sino un muchachito de catorce años de pantalones cortos que como acostumbra, me había hecho señas de que lo llevara.

Después de este incidente, no me arriesgué más. En vez de manejar mi auto, prefería usar uno de los coches presidenciales, para que el chofer pudiera ver exactamente a donde iba y que hacía.

Nunca quise tener modista particular. Iba a las casas de costura del centro, ubicadas en las calles principales de la ciudad de manera que no hubiera duda alguna acerca de mi comportamiento.

También me llevaba un chofer cuando visitaba a mi madre, generalmente un día sí y otro no.

Siempre estaba de regreso en casa antes de las siete de la tarde, ya que quería que Perón me encontrara al regresar de la oficina alrededor de las ocho de la noche.

Cuando acompañaba a los artis-

(Continúa en la Pág. 115)



Nélida Rivas asistiendo a una pelea de boxeo en mayo de 1954, celebrada en Luna Park, en honor de Perón. Fue con Perón y esa noche regresó con él a la residencia presidencial.

¿SERÁ UD. CALVO?



Para tener un cabello sano, fuerte y bello, los médicos recomiendan el tratamiento profiláctico del *Instituto of American Trichology* con sus científicos **Productos anti-alérgicos**, que quitan la infecciosa caspa, picazón y caída anormal

El **primer** Instituto fundado en Cuba para el cuidado del cabello. 35,000 tratamientos al público cubano, respaldan los 8 años de continuos progresos científicos.

CONSULTA GRATIS
con especialista de E.U.A.

PREVIO TURNO: **FO-1960**
SERVIMOS PEDIDOS POR CORREO

Institute of American Trichology
ESPECIALISTAS EN LA CIENCIA DEL CABELLO
RADIOCENTRO NOVENO PISO
TELEFONO FO-1960
VEDADO - HABANA
HORARIO:
8 a.m. continuamente hasta 8 p.m.
Sábados 8 a 1 p.m.

RETAZOS
MANUEL L. GOMEZ
San Rafael 406
La Habana
LOTES desde 7.00
PIDA INFORMES

MIS AMORES CON PERON...

(Continuación)

tas japoneses que habían venido para el festival internacional del cine, conocí a un joven argentino, miembro del Instituto Argentino-Japonés.

Trató de cortejarme, luego de encontrarse conmigo varias veces en peleas de boxeo y en otros actos públicos, a los que yo había asistido con Perón.

Renzi le habló a Perón de estos encuentros y trató de sembrar la sospecha de que quizá no fueran tan casuales como aparecían.

—Preguntémosle a la nena— sugirió Perón.

La expresión de mi cara fue suficiente para convencerlo de que la sospecha era maliciosa y que yo le era fiel.

No me gustó la sonrisa de Renzi, el día que volví de un cine céntrico con Antonio Perón, el sobrino de veinte años del General. Antonio había ido a vivir a la residencia pero tenía su grupo de amigos y rara vez estaba en la casa, salvo para dormir. A pesar de esto comprendí que debía tener mucho cuidado en mis relaciones con él. Y desde ese día rechacé todas sus invitaciones.

Tenía inclusive que preocuparme de mi actitud con los profesores particulares que iban a darme lecciones a la Residencia, cuando dejé de ir al colegio para dedicarme a Perón y a su casa. Había descubierto que me espiaban por el ojo de la cerradura.

Cuando Renzi le preguntó a Perón en cierta oportunidad por qué estaba tan seguro de mí, él le respondió:

—Porque es demasiado joven para estar viciada, como nosotros los hombres...

—VIII—

"No voy a salir corriendo al primer tiro."

Cuando el descontento de la oposición comenzó a sacudir los cimientos del gobierno, rogué a Perón que renunciara a la presidencia antes de que fuera demasiado tarde.

Lo insté a que se retirara conmigo a algún lugar tranquilo donde podría disfrutar sus últimos años en paz y bienestar, lejos del torbellino de la política, que a mí no me interesaba. Le hice ver que ya había hecho bastante por la Argentina. Y que otros debían asumir las responsabilidades.

Pero el grupo que lo rodeaba, especialmente los íntimos, como el doctor Méndez San Martín, ministro de Educación; Atilio Renzi, mayordomo de Palacio, y el capitán Alfredo Rennere, su secretario particular, se oponían a esta idea, convencidos, como estaban, de que el régimen no podría existir sin Perón.

En cierta oportunidad en que nos encontramos solos, ellos y yo, esperando al General para ver una película, me acusaron violentamente de ser mala influencia para Perón.

Herida vivamente les contesté: No quiero que sea un héroe, reconocido después de su muerte, como el general San Martín, que tuvo que morir en tierra extraña... La cosa es muy sencilla. Ustedes quieren conservar sus puestos. Pero mis intereses son muy distintos.

Yo quería que él viviera para disfrutar de sus perros, de sus chinelas... y de mi compañía.

El mayor Ignacio Cialceta fue el

labios hermosamente

delineados, pero...

¿y su taquigrafía?



¿Llena de borrones y manchas que la obligan a disculparse cada vez que alguien ve su trabajo? Escriba con un lápiz **MIRADO**! La afilada y nitida punta del **MIRADO** dura páginas y páginas! Y 7 de cada 10 secretarías afirman que no hay lápiz más suave! ¿Por qué, pues, pedir "lápices", cuando es tan fácil decir **MIRADO**?

¡Aquí está!

EAGLE MIRADO

SE MANTIENE AFILADO MAS TIEMPO

EAGLE PENCIL COMPANY • NUEVA YORK • LONDRES • TORONTO • MEXICO • SIDNEY • BOGOTA

VIAJAR ES VIVIR



...y usted vive mejor volando a

NEW YORK

en las majestuosas aeronaves

Super G Constellation

de **CUBANA**

(equipados con radar)



El complemento perfecto a su viaje de placer a la maravillosa "Ciudad de los Rascacielos", se lo ofrece Cubana, con su rápido y confortable servicio diario, directo y sin escala en sólo cuatro horas y minutos.

Para que usted realice el viaje más feliz, Cubana dispone del más moderno equipo de cuatrimotores Super G Constellations, con radar, piloteados por expertas tripulaciones de larga experiencia en vuelos trasatlánticos.

En el lujoso Servicio de Primera Clase o en la económica Clase Turista, usted será cortésmente atendido por gentiles Aeromozas y cordiales Sobrecargos — todos de habla española —, siempre dispuestos a complacer sus deseos.

Durante la travesía le serán servidos sabroso desayuno, espléndido almuerzo y toda clase de refrescos y bebidas, sin costo adicional.

Para que usted disfrute más su vida, ya que... "viajar es vivir", Cubana le ofrece en New York y Madrid, las mejores conexiones para su viaje a Europa.

\$137⁰⁰ Ida y vuelta
(más impuestos)
Clase Turista

SALIDA DE LA HABANA: 8:00 A.M.
LLEGADA A NEW YORK: 1:35 P.M.

(Monedas Locales)

Consulta a su Agente de Viajes o llame al U-4911 de



único del grupo que me apoyó.

Perón entró en ese momento y cambiamos inmediatamente de conversación.

Me senté, como de costumbre, al lado del General y al rozar su brazo sentí una inmensa amargura al recordar las cosas terribles que, sin comprenderme, habían dicho de mí. Y lloré durante toda la película.

Me fui sintiendo más y más aislada hasta que fui poco menos que una prisionera en la Residencia. Para hacer la cosa peor apenas tenía oportunidad de ver a Perón. A medida que la crisis se hacía más honda, sus ministros lo absorbían más y más, día y noche.

Antes había tenido un profesor que venía a casa a darme lecciones de dactilografía. Deseaba poder hacer de secretaria de Perón para así poder estar más cerca de él.

Pero Renzi hizo circular la versión de que Perón me hacía tomar lecciones con el fin de corregir mi escasa educación. Me dijo que no tenía suficiente preparación como para servir de secretaria a un presidente.

Abandoné mis estudios y me propuse demostrarles a Renzi y a los otros que seguiría junto al Presidente sin ayuda de lecciones privadas.

Deseaba escaparme de la atmósfera asfixiante de la Residencia Presidencial y soñaba con que nos mudáramos a la calle Teodoro García, a una linda casa en Buenos Aires, que Perón había heredado de su difunta esposa.

Pero me di cuenta que sería imposible. El "grupo" nos seguiría hasta allí y las cosas continuarían igual que en la residencia oficial.

Renner ya nos había echado a perder los pocos fines de semana que Perón y yo pasamos en la quinta de San Vicente.

Trataba de impedir que fuéramos, presentándole al Presidente una cantidad de papeles oficiales que, según decía, requerían su presencia en Buenos Aires durante el fin de semana.

Un sábado a las cinco de la mañana, Perón y yo nos fuimos antes de que Renner pudiera impedirlo. Apenas nos habíamos acomodado en la quinta cuando Renner apareció con sus papeles oficiales y yo quedé abandonada otra vez. Le dije a Perón que daba lo mismo volver a la capital.

El 16 de junio de 1955, volviendo a la residencia después de hacer unas compras, me encontré con que había tropas motando ametralladoras y otras armas. Perón no estaba. Corrí hasta donde estaba Renzi y le pregunté qué ocurría.

—No me hable —me dijo—. Este es un asunto muy serio.

El oficial al mando de las tropas me explicó que había habido un alzamiento y que los rebeldes se habían apoderado del aeropuerto internacional de Ezeiza, en las afueras de Buenos Aires.

Corrí a mi habitación; me cambié de ropa y me puse a ayudar a Renzi a organizar el personal civil para defender la residencia.

Me preocupé de que cada uno estuviera armado y en el puesto que le había sido asignado. Ayudé a cargar las ametralladoras y fui a buscar el pequeño revólver que Perón me había regalado.

Renzi me preguntó si me sentía capaz de usar un arma más poderosa. Tomé el revólver de policía de calibre 45 que me ofreció.

Hubo una fuerte explosión y vimos que el cielo se encendía en la distancia. Aviones rebeldes ha-

bían bombardeado la Casa de Gobierno, donde Perón tenía su oficina. Quedamos atónitos y aterrizados.

Tomé unas cajas de cigarrillos de Perón y los distribuí entre los soldados y el personal, esperando así alentarlos. También les distribuí emparedados que había preparado yo misma en la cocina.

Renzi me instó varias veces a que me fuera inmediatamente y regresara a la casa de mis padres.

—Mi sitio está aquí —le contesté.

—No voy a salir corriendo al primer tiro.

Un avión de reconocimiento vio el coche presidencial en el parque y llegó a la conclusión de que Perón se hallaba en la residencia.

Boca abajo sobre la azotea, como los demás, vi que tres enormes "Gloucesters" se nos venían encima. Una de las bombas que descargaron cayó sobre un murallón y los vidrios de ese lado de la casa saltaron en pedazos.

Cuando volvieron por segunda vez, teníamos orden de abrir fuego todos simultáneamente. Pensaron que teníamos equipo antiaéreo porque erraron el tiro y sus bombas fueron a parar a una calle vecina.

Cuando un avión rebelde comenzó a ametrallar la casa, corrí al jardín con la esperanza de encontrar un refugio. Un oficial me asió del brazo y me arrastró a tiempo de sacarme de la línea de fuego. Me tiré al pie de un árbol enorme y me puse a rezar fervientemente.

Pocos minutos más tarde, todo había terminado. Los aviones leales habían derrotado a los rebeldes y sofocado el levantamiento.

Mis padres nunca me visitaron en la residencia, pero mi madre estaba tan preocupada que acudió aquella noche a la puerta principal. Le aseguraron que yo me encontraba perfectamente.

Finalmente, recibimos noticias de que Perón había escapado ileso del bombardeo. Pero no llegó a casa hasta el día siguiente.

Viéndome en el portal, esperándolo, exclamó sorprendido:

—¿Estás todavía aquí?

—General —respondí— he tenido el honor de sentarme a su mesa y de compartir muchos buenos momentos con usted. Esta es también mi casa. No quiero negar que he sentido miedo, pero no me arrepiento de nada. Dios me ayudó.

— I X —

Me fui como había llegado

Perón siempre tuvo excelente apetito, pero cuando regresó a almorzar a la Residencia Presidencial, luego de la fracasada sublevación del 16 de junio de 1955, dejó de comer.

Miles habían muerto. La Casa Rosada había sufrido grandes daños con las bombas, y Perón tuvo que mudar su despacho a la Residencia.

Alicé la vista de mi plato y vi que Perón cubría su cara con las manos. Un silencio cayó sobre los comensales. Ninguno de los ministros encontró algo que decir.

Por fin yo rompí el silencio: —¿Papaíto, qué pasa? ¿No hay apetito hoy?

Tomó mi mano y la apretó con fuerza. Y pude ver que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Más tarde, cuando pudimos hablar a solas, me dijo:

—Parece que no me quieren mucho...

—¿Qué importa que no lo quieran sus enemigos? —le contesté—

No me tiene siempre a mí? Aunque todos lo abandonen, yo jamás lo dejaré.

Y luego añadí con un toque de desilusión en mi voz:

—Parece que mi cariño no significa gran cosa para usted.

Perón me aseguró que sí; que yo era un gran aliento para él, en esos momentos.

Había habido gran revuelo a raíz de la quema de la bandera de la Patria y de los continuos choques con el clero. Se había llegado hasta a incendiar numerosas iglesias en Buenos Aires. Todo esto cargaba la atmósfera de tensión y de incertidumbre.

Un día oí unos disparos cerca de la puerta principal de la Residencia. Me dijeron que unos hombres habían pasado en un auto y habían intentado matar al guardia.

Después de esto la seguridad de la Residencia Presidencial fue confiada a la Guardia de Granaderos, considerada una de las unidades más fuertes y más leales del Ejército.

Perón, al principio, no se resignaba a convertir su casa en un cuartel, pero el Servicio de Seguridad insistió. Con esto, la residencia dejó de ser un hogar.

Y se produjo la revolución del 16 de septiembre de 1955.

A las tres de la mañana, desperté con el ruido de pasos apresurados. Salté de la cama y salí a ver qué sucedía. Encontré a Perón vestido, preparándose para salir.

Ese día no almorcé en casa, pero fue a cenar. El y sus ministros hablaron todo el tiempo de cosas que yo apenas entendí.

A juzgar por sus semblantes, parecía que la situación no era buena, pero tampoco desesperada. Perón se veía tranquilo, pero los ministros estaban visiblemente preocupados.

Era evidente que estaban tratando de asuntos más serios que los de costumbre. Y me levanté, silenciosamente, de la mesa.

Perón regresó al Ministerio de Guerra y no volvió a casa esa noche. Yo dormí vestida, sobre la cama.

La residencia se convirtió de repente, en un puesto militar, rodeada de tropas desde donde Perón, en gran parte, dirigía las operaciones.

El y sus consejeros pasaron las noches en pie, estudiando los planes y la estrategia destinados a aplastar la revolución que había estallado en Córdoba, a 750 kilómetros de Buenos Aires.

Yo les enviaba continuamente café o "cognac" para levantarles el espíritu.

Mientras se abría y cerraba la puerta, alcancé a oír algunos comentarios que hacían entre ellos. Decían que era imposible llegar a Córdoba, ya que los revolucionarios habían tomado posiciones avanzadas a la entrada de la ciudad.

No obstante, las tropas leales a Perón recibieron orden de avanzar y lograron entrar en la ciudad.

Cuando empezaban las cosas a mostrarse favorables al gobierno, recibimos la noticia de que unidades de la Marina, al mando de los revolucionarios, se acercaban a Buenos Aires. Uno de los comunicados decía que habían recibido armas del Uruguay.

Perón y sus ministros se indignaron. El capitán Alfredo Renner, secretario particular de la Presidencia, cogió el teléfono, llamó a Montevideo y advirtió al gobierno uruguayo que sería considerado responsable si los buques de la Marina de Guerra argentina llegaban

a nuestras costas cargados de municiones.

(Perón, que desconfiaba de la Marina, había tomado sus precauciones y desarmado los buques de guerra.)

Uno de los oficiales propuso hundir algunas naves a la entrada del puerto de Buenos Aires para impedir la entrada de los buques rebeldes, pero Perón se opuso diciendo que él no hundiría barcos por los cuales había pagado tanto dinero.

Comencé a darme cuenta que la situación se hacía grave.

El 19 de septiembre, a las cinco y treinta de la mañana, Perón se dirigió al Ministerio de la Guerra. Algunas horas más tarde volvió acompañado de Renner, y corrió escaleras arriba. Yo me encontré con él en el último peldaño.

—Andáte a casa, inmediatamente! —me dijo—. Más vale prevenir que tener que lamentar...

Era casi una orden militar. Comprendí que el asunto no admitía discusiones.

Le dije que me llevaría los perritos y él asintió.

Me besó y me fui, tal como había llegado, con sólo el vestido que llevaba puesto.

No hubo ninguna indicación en su beso de que era la despedida final. Creí que estaríamos juntos nuevamente en un par de días, tal como había sucedido después del levantamiento sofocado en el mes de junio.

Pero fue la última vez que vi a Perón.

Cuando llegué a casa, prendí la radio y escuché los últimos comunicados sobre la revuelta. Y escuché que la Marina había presentado un ultimátum diciendo que Buenos Aires sería bombardeado a menos que se rindiera el gobierno.

Supe que todo había terminado. Y lloré amargamente. Sentí que el mundo se derrumbaba...

— X —

Aceptaré lo que el destino me depara

Después que Perón huyó, dejándome en Buenos Aires, la vida se convirtió para mí en una pesadilla.

Turbas antiperonistas se congregaban frente a mi casa, insultándonos. En cierta ocasión comenzaron a gritar:

—¡Hay que lincharla!

Un destacamento de policía tuvo que intervenir.

Mi vida corría peligro y yo estaba atemorizada.

El 27 de septiembre, una semana después de que el nuevo gobierno había asumido el poder, tres policías del servicio secreto y dos capitanes del Ejército llamaron a mi puerta.

Mis padres habían salido a comprar otra casa, con los cuatrocientos mil pesos que Perón me había entregado poco antes de pedirme que me fuera. La cómoda casita de mis padres era un regalo que Perón les había hecho a fines de 1954. Ahora las muchedumbres amenazadoras nos hacían imposible seguir viviendo allí.

Yo estaba en cama, enferma, física y moralmente, a raíz de todo lo que había sucedido. Mi tía, que me acompañaba, me preguntó si debía o no dejar pasar a la policía.

—Déjalos entrar —repuse.

De otra manera echarán abajo la puerta.

Lo primero que hicieron fue pre-

(Continúa en la Pág. 125)

no es mágico!

ES
FUNCIONAL!
ES...

DUO-MATIC

UNIVERSAL presenta otra nueva y revolucionaria innovación: el cinturón "DUO-MATIC".

Con un solo movimiento rápido, las dos piezas de su hebilla DUO-MATIC

impedirán que al quitarse o ponerse el cinturón se produzca un fuerte roce sobre la pulida piel de UNIVERSAL-SUPERMASTER.

Para conservar el brillo natural del aristócrata entre las pieles, prefiera DUO-MATIC.



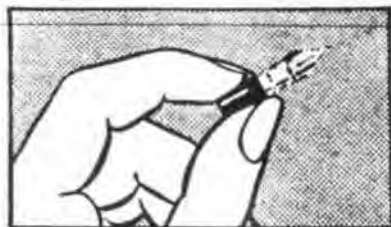
1- Posición normal

2- Posición giratoria en el momento de colocar el cinturón.

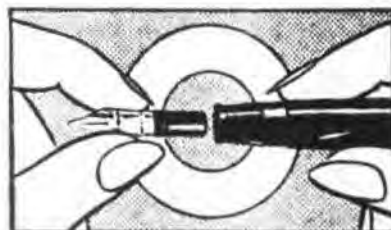


EL REGALO PREFERIDO POR EL HOMBRE DISTINGUIDO.

Su escritura PUEDE LUCIR MEJOR



ELIJA el punto **ESTERBROOK** adecuado que escribe a su gusto . . . por su número.



ENROSQUELO en el cañón de una Pluma Fuente **ESTERBROOK**.



ESCRIBA con la pluma **ESTERBROOK** que se adapta a su estilo de letra . . . naturalmente.



Elija el punto adecuado que escribe a su gusto

Su escritura *lucirá mejor*—ante sus propios ojos y de los demás—cuando Ud. escribe con “el punto adecuado para su estilo de letra.” Es muy sencillo seleccionar la pluma que se adapta *exactamente* a su manera de escribir cuando Ud. elige una **ESTERBROOK**.

Hay más de 30 estilos de puntos numerados **ESTERBROOK** a escoger. Uno de ellos le hará escribir con toda comodidad y soltura—y además le hará *lucir mejor* su escritura! Compre hoy mismo su **ESTERBROOK** en cualquier establecimiento del ramo.

Desde \$2.50 en adelante

Esterbrook®

LA ETIQUETA EN EL CASQUILLO **Esterbrook** ES SU MARCA DE GARANTIA

Más De

30

estilos de puntos numerados

tura humana. Se preguntaba Strindberg: “¿Qué es lo que se está preparando para el mundo? Una sentencia implacable como la que se dictó contra Sodoma?” y él, con su genio (y con su esquizofrenia), contribuía a apresurar la ejecución de la condena. Pero por lo menos a aquel coloso creador de terribles obras geniales lo vemos en alguna ocasión amar la vida y decirlo. Se entusiasmaba por determinadas cosas (“Todo lo que a mí me ha entusiasmado lo habéis invalidado”); llegó a dejarnos esta afirmación de esperanza: “Nos hallamos en una nueva era en la que los espíritus despiertan y es una delicia vivir.”

Tennessee Williams no. Si bien en “Baby Doll” cumple una farsa risueña, el fondo es como siempre, obscuro, amargo y duro. Tampoco es como su compatriota Arthur Miller —el largo y feliz marido de Marilyn Monroe, autor de “La Muerte de un Viajante” y “A Ambos Lados del Puente”—, que imparte a sus obras dramáticas una tesis social. Tennessee Williams no quiere arreglar el mundo porque cree que no tiene arreglo. Parece haber llegado a la conclusión de que todo se reduce a la ley del sexo y que los transportes del alma abortan en bestialidad. No perdona. No se perdona. Claro que se trata de un desafío a una civilización sin espíritu que la ha emprendido contra la sensibilidad y el valor humanos, pero así se ayuda al enemigo, no se le vence. El sentimiento de la vida que tiene Tennessee Williams desconcierna a la humanidad. Ojalá el taciturno poeta pudiera aclarar su teatro, esperararlo, impartirle generosidad. Porque sólo de un humanismo así debe esperarse la disminución de las angustias de nuestra época.

MIS AMORES CON PERÓN...

(Continuación)

preguntarme por todas las cosas que Perón me había regalado: el Fiat, las pieles, la ropa, las alhajas y el dinero que me diera al despedirme.

Me sorprendió sobremanera que hubieran podido averiguar tantos detalles en tan corto tiempo y llegué a la conclusión de que la revolución debió haber tenido partidarios desde dentro.

Yo tenía las alhajas y el dinero guardados en un ropero. Los policías se apoderaron de ellos y me preguntaron si las joyas habían pertenecido a Eva Perón. Se refirieron a ella y a Perón en la forma más irrespetuosa y llenaron de insultos una fotografía de Perón que encontraron en la habitación.

—Estos son los perros del tirano —exclamó uno de ellos reconociendo a “Monito” y a “Tinolita”. —¿Por qué no los matan?

Me hicieron una serie de preguntas de naturaleza íntima. Yo me mantuve en silencio.

Cuando regresó papá, lo trataron de degenerado por haberme permitido vivir con Perón.

En el ropero, la policía había encontrado dos cartas. Parecían haber sido escritas por Perón desde el cañonero “Paraguay”, donde se había refugiado. Me las había traído un joven que desapareció inmediatamente después de entregármelas.

La policía me pidió que las identificara. Les dije que la firma era la de Perón, pero que no podía asegurar que él fuera el autor de las cartas porque no lo había visto escribirlas.

El 18 de octubre fui llamada a comparecer ante un tribunal mili-

tar. Estaba compuesto de ocho generales que estaban recopilando datos para justificar la expulsión de Perón del Ejército.

Se reunía en la residencia presidencial, donde yo había vivido momentos tan felices con Perón, y donde ahora, de hecho una prisionera, debía declarar en contra suya.

Les dije la verdad de mis relaciones con Perón. Ellos querían que les hablara de su política, pero les contesté que no sabía nada de esos asuntos.

Un teniente coronel, impaciente, sugirió que me llevaran presa. El

general von der Becke se opuso, diciendo que yo era sólo una criatura. Y me permitieron que regresara a mi hogar.

Un día, en que mi madre había salido a hacer las compras, unas mujeres detuvieron su coche y le pidieron que les indicara una calle que no conocían. Cuando mi madre se acercó al auto para contestarles, la asieron bruscamente y le cortaron todo el cabello.

Esto colmó la medida. Vendimos algunas cosas para poder conseguir diez mil pesos para alquilar un coche; cargamos algunas vali-

jas y los perritos y nos dirigimos hacia el norte en dirección al Chaco, cerca del Paraguay, en donde se había refugiado Perón.

Nos arrestaron en Formosa, a cierta distancia de la frontera. Nos detuvieron un corto tiempo y luego se nos ordenó regresar a Buenos Aires.

En marzo fui obligada, nuevamente, a relatar mi historia a la Comisión Investigadora de Actividades Peronistas.

El 7 de mayo, dos agentes se presentaron con una orden de

(Termina en la Pág. 129)

¿Padece de Acidez y malas Digestiones?

Coma y beba todo lo que quiera, gracias a **DISIPEN**, usted no tiene que preocuparse

Cuando la excesiva acidez estomacal le haga sentir esa molesta pesadez, enseguida **DISIPEN**.



- **DOS TABLETAS** después de cada comida.
- **DE VENTA** en todas las farmacias y droguerías.
- **No contiene Bicarbonato.**
- **Para su comodidad, DISIPEN viene en Tabletas.**

Apartado No. 2272, La Habana

Para sentirse bien,
DISIPEN

"Hood" había sido obra de la casualidad.

El marino inglés, —se comprobó en la Segunda Guerra Mundial,— era inteligente y poderoso, pero el inglés tiene entre sus curiosidades caracterológicas, la de ser igualmente obstinado en la victoria o la derrota.

O en otras palabras, que el "Bismarck" firmó su sentencia de muerte cuando, en unión del "Prinz Eugen", se permitió la libertad de pulverizar al querido y respetado "Hood".

MIS AMORES CON PERÓN... (Continuación)

arresto firmada por el juez. Mi madre no quiso entregarme, pero se comprometió a llevarme al día siguiente ante el Dr. Ernesto González Bonorino, el juez que se ocupaba de mi caso.

El Juez ordenó que fuera internada en un reformatorio, y me separaron de mi madre. Esta, enloquecida, quiso lanzarse desde el tercer piso de la Corte, pero una parienta se lo impidió.

Mi estadía en la prisión (o "colegio") fue una pesadilla. Las frazadas, mal lavadas, me aterrorizaban, pensando en que podrían ser portadoras de las enfermedades feas que tenían muchas de las chicas.

Yo era una paloma comparada con ellas. Vivían obsedidas sexualmente y sus costumbres escandalosamente superaban el nivel animal.

—Vos estuviste enredada con Perón, así que no podrás salir de aquí hasta que tengas veintidós años. Tenés dieciséis... —me decían y yo me horrorizaba.

Al cabo de un mes y medio empecé a sufrir de una profunda depresión nerviosa. Sentía que me estaba volviendo loca.

Luego, tuve un ataque de apendicitis. Creí morir y pedí que llamaran a un sacerdote. Me confesé por primera vez en muchos años.

Mi estado siguió desmejorando. Había nuevas complicaciones relacionadas con el hígado. Cinco exámenes médicos concluyeron que si continuaba detenida, no respondían de que no tuviera ello consecuencias fatales para mí. Así el 15 de noviembre de 1955, después de casi siete meses en el "colegio", fui puesta en libertad y operada inmediatamente.

El Dr. Juan Ovidio Zavala, miembro activo de la Unión Cívica Radical, había sido uno de los jóvenes que pusieron una bomba en el Teatro Colón mientras Perón se encontraba allí.

Se hizo cargo de nuestro caso, porque opinó que era su deber defender los derechos de cualquier argentino, cualesquiera que fueran sus ideas políticas. Mantuvo que era ilegal detener a mis padres cuando ninguna de las partes había presentado una denuncia contra Perón.

El Estado argentino, procediendo con un juicio enteramente aparte, ha acusado a Perón de haber mantenido relaciones ilícitas con una menor. En estos momentos procura obtener su extradición de las autoridades venezolanas a fin de juzgarlo aquí en la Argentina.

Perón podría echar por tierra este cargo, solicitándome en matrimonio y el juez no se opondría a esta solución. Estando bajo la tutela del juez, no puedo abandonar la Argentina, pero el matrimonio podría hacerse por poder. En este caso yo adquiriría el derecho de viajar al extranjero.

Si llegara él a considerar esta propuesta, yo insistiría en que fue-

Señores, **SHULTON** presenta:

5

maneras de afeitarse



Y, por supuesto, la única manera de completar una afeitada perfecta es con la loción perfecta: Old Spice.
1.00 & 1.75

Todas distintas... todas maravillosas... todas Old Spice. Por ejemplo, el famoso Smooth Shave. Una espuma de afeitar (a presión) de la más fina calidad, le brinda una afeitada verdaderamente perfecta. Además, he aquí los otros reconocidos requisitos de afeitar de Old Spice: jabón en taza, loción para afeitada eléctrica, crema espumosa y crema sin brocha. Cualquiera que sea su manera de afeitarse, Old Spice le ofrece la solución perfecta para la afeitada perfecta.

SHULTON

New York London



Aparejos WRIGHT para Seguridad

Aparejos Eléctricos SPEEDWAY

(Capacidades: ¼ a 10 toneladas)



Los Aparejos WRIGHT *Speedway* están especialmente contruidos para satisfacer los muchos y variados requisitos que exige la producción moderna. Se ofrecen en estos tamaños:

- Armadura 1 y 1/2 ½ a 2 toneladas
- Armadura 2 - ½ a 6 toneladas
- Armadura 3 - 1/2 a 10 toneladas

Escriba solicitando informes a:

RAFAEL BATISTA A., Aguirre No. 556, Dptos. 4 y 5, Habana. Teléfono A-4472

AMERICAN CHAIN & CABLE COMPANY, Inc.

ACCO

División de Aparejos Wright
Departamento de Exportación

220 Park Avenue, Nueva York 17, N. Y., E. U. A.

Los principales centrales azucareros usan los **APAREJOS WRIGHT** por economía y seguridad.

Mejor Calidad

